



Revista de Antropología Social

ISSN: 1131-558X

ras@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid

España

Cowan Ros, Carlos Javier

Laberintos de la emancipación. Reciprocidad y conflicto entre agentes de promoción social y
dirigentes campesinos

Revista de Antropología Social, vol. 22, 2013, pp. 287-312

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83829565012>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Laberintos de la emancipación. Reciprocidad y conflicto entre agentes de promoción social y dirigentes campesinos

Labyrinths of the emancipation. Reciprocity and conflict between agents of social development and peasants leaders

Carlos Javier COWAN ROS

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET)
Universidad de Buenos Aires (Argentina)
cowanros@agro.uba.ar

Recibido: 3 de julio de 2012

Aceptado: 21 de enero de 2013

Resumen

En el artículo se analiza el vínculo entre técnicos de una ONG de promoción social y dirigentes de una organización campesino-indígena, situada en la provincia de Jujuy, noroeste de Argentina. El lazo es interpretado como una *relación de mediación cultural*, que se constituye a través de un ciclo de prestaciones sociales, del tipo dádiva, que envuelve expectativas y compromisos, no siempre correspondidos. En el vínculo se expresa una de las paradojas de la promoción social, que se constituye en objeto de análisis empírico y de reflexión teórica de este artículo. Ese tipo de relación presenta cierta ambigüedad: si, por un lado, los agentes de promoción social pretenden llevar a los destinatarios de sus acciones a una posición de mayor autonomía o emancipación, por otro, a partir del vínculo que crean y de la posición de poder que ocupan, generan cierta dependencia con la institución que encarnan. Esta contradicción se explica en tensiones y disputas, cuyo desarrollo resulta en la reconfiguración del lazo y de la organización social en la que opera.

Palabras clave: mediación cultural, campesinado-indígena, promoción social, estrategias de reproducción social.

Abstract

This paper analyzes the relationship between the professional team members of a NGO in the field of social development, and the leaders of an organisation of peasants and aboriginal, located in the province of Jujuy, northwest of Argentina. The link itself is interpreted as a *relationship of cultural mediation*, which is constructed through a cycle of social provisions —in terms of free benefits— which involves a net of expectations and commitments —not always honoured—. These links expose one of the paradoxes of social development, which constitutes the main object of empirical analysis and theoretical reflection of this paper. This kind of bond shows a certain ambiguity: if, on the one hand, the agents of social promotion aim a better position in terms of autonomy and emancipation for the target group of their actions, on the other hand, through the kind of bond they build and as a consequence of the sort of power they exert, they tend to generate some dependence with the institutions they

represent. This contradiction is manifested through tensions and disputes that, when develop, result on reconfigurations of the bond itself, and of the social organisations they work with.

Keywords: Cultural mediation, peasantry, social promotion, social reproduction strategies.

Referencia normalizada: Cowan Ros, JC. (2013) Laberintos de la emancipación. Reciprocididad y conflicto entre agentes de promoción social y dirigentes campesinos, en *Revista de Antropología Social*, 22: 287-312.

SUMARIO: 1.La promoción social entendida como una relación de mediación. 2.La dádiva en la constitución del vínculo promotor social-beneficiario. 3.El “saber” como principio de diferenciación y jerarquización. 4.La disputa de posiciones en la (re)configuración del campo de mediación.5. El dilema de la emancipación de los campesinos. 6. A modo de cierre. 7. Referencias bibliográficas.

1. La promoción social entendida como una relación de mediación

A partir de la década de 1990, en las áreas rurales argentinas con mayor proporción de población campesina, la presencia de “técnicos” o “extensionistas rurales”¹ —miembros de los equipos de campo de instituciones de promoción social— ha ido en franco crecimiento, conforme se desarrollaba el complejo de instituciones vinculadas al “desarrollo” o *institucionalidad de la promoción social*. Actualmente, esos *agentes de la promoción social* adquieren un protagonismo relevante en la escena pública local, siendo frecuente su involucramiento en la promoción de procesos organizativos de los pobladores rurales.

Es común que a través de vincularse con instituciones de desarrollo, los promotores sociales busquen conciliar el ejercicio profesional con su vocación —política y/o religiosa— por los más desfavorecidos. En sus narrativas, asociada a la idea de “promoción” o “desarrollo”, suele encontrarse un repertorio de categorías como: “equidad”, “justicia social”, “empoderamiento” y/o “autogestión”. Ese conjunto de nociones orienta la meta de sus acciones, formulada frecuentemente en términos tales que los “beneficiarios” —destinatarios de sus proyectos— superen la posición de subordinación económica, social y/o cultural en que se encuentran y mejoren sus condiciones de existencia. Mediante la ejecución de proyectos patrocinados por entidades públicas y/o privadas, nacionales e internacionales, facilitan el acceso de los campesinos a financiamiento y conocimiento técnico. De ese modo, desempeñan un papel clave en la articulación de la población local con agentes que interactúan en otras esferas sociales.

La figura de esos agentes no ha pasado inadvertida para los investigadores sociales, quienes se vieron atraídos principalmente por el análisis del impacto de las

¹ Las comillas dobles indican expresiones o categorías utilizadas por mis interlocutores (técnicos y dirigentes campesinos) y las comillas simples expresiones propias que buscan graficar o ilustrar percepciones.

experiencias de desarrollo rural. Sin embargo, la naturaleza del vínculo *técnico-campesino* con menos frecuencia se constituyó en objeto de estudio. En los análisis sobre la promoción social existe cierta tendencia a reíficar la relación *técnico-beneficiario*, a través de concebirla conforme es presentada por los protagonistas, especialmente los técnicos: como un vínculo positivo y solidario, por ser consensuado, fundado en la convergencia de intereses y visiones. Reíficar ese tipo de relación supone sacrificar en el análisis ciertas tensiones que surgen cuando agentes externos intervienen en la promoción de procesos de transformación social, que comprometen diferentes dimensiones de la sociabilidad local.

El papel desempeñado por personas que articulan a miembros de comunidades rurales con los funcionarios de las instituciones de la sociedad nacional fue observado y cristalizado a través del concepto *cultural broker —mediador cultural*— por Eric Wolf. Entre las funciones que realizan esos agentes destacan: las económicas, al intervenir en los canales de producción y circulación de recursos, y las políticas, al contemporizar en las tensiones que surgen entre las instituciones comunitarias y las de la sociedad nacional. Ese papel coloca al mediador en una posición relativa de poder ante sus mediados. Entre las características que posibilitan que una persona se constituya en mediador destacan su acceso a fuentes de recursos económicos y su capacidad para lidiar con los códigos culturales de las esferas sociales que interconecta (Wolf, 1956).

La noción *mediación cultural* mostró gran potencialidad para analizar las relaciones establecidas por los promotores sociales, siendo elocuente el abordaje de Delma Neves, que inspira este artículo. La autora destaca que el papel del mediador no se limita a conectar mundos, ni a comportarse como traductor, ya que él mismo también construye e intenta imponer las representaciones de las esferas sociales que articula y el campo de relaciones que viabiliza ese modo específico de vinculación. Así, el ejercicio de mediación también puede ser comprendido a partir del conjunto de ideas, valores y modos de comportamiento transmitidos como formas de incorporación de saberes propiciadores de la construcción de nuevas posiciones e identidades del actor social (Neves, 1997).

Un aspecto paradójico del papel de los mediadores sociales, comprometidos con procesos de cambio social, que contemplan el “empoderamiento” o ‘emancipación’ de los destinatarios de sus proyectos, es la posición ambigua que ocupan frente a estos últimos. Si, por un lado, pretenden llevar a sus mediados a una posición de mayor autonomía, por otro, a partir del vínculo que crean y de la posición de poder en que se encuentran en su ‘papel de proveedores’, generan cierta dependencia con la institución que encarnan. Esa paradoja de la promoción social se constituye en objeto de análisis empírico y de reflexión teórica de este artículo. Interesa comprender cómo los agentes involucrados en procesos de promoción social gestionan esa dimensión contradictoria de la relación. En qué contextos y a través de qué lógicas la ambigüedad constitutiva del vínculo se expresa en tensiones, cómo se (re)configura el lazo a partir de las disputas que emergen y cómo incide la figura del mediador cultural en la configuración de organizaciones sociales en el ámbito rural.

Este artículo es un desprendimiento de cuatro investigaciones (Cowan Ros, 1999, 2003, 2008 y 2011²) realizadas en la región andina de la provincia de Jujuy³, entre 1997 y 2011. El trabajo de campo implicó ocho viajes a la zona de estudio, de 45 días en promedio cada uno, que con un enfoque etnográfico posibilitaron acompañar el desarrollo del vínculo analizado. Si bien el modelo interpretativo propuesto surge del análisis de diferentes casos, en el presente artículo se analiza uno en particular: caracterizado por el vínculo establecido entre los técnicos de una ONG de promoción social y los dirigentes de una organización social de segundo grado, de base campesino-indígena, que denominaré con los nombres ficticios de MINK'A y Movimiento Campesino, respectivamente.

2. La dádiva en la constitución del vínculo promotor social-beneficiario

En el análisis de toda relación social es preciso considerar cómo se constituye el vínculo y las motivaciones con las que cada parte se involucra. En la promoción social, en general, y en el caso analizado, en particular, se observa que suelen ser los agentes de la promoción social quienes asumen la iniciativa de vincularse con sus potenciales beneficiarios. En el primer contacto, acostumbran explicitar que desean “ayudar” o sus homólogos “cooperar” o “apoyar” a los sectores menos favorecidos de la sociedad, facilitándoles el acceso a recursos —materiales y cognitivos— para que “mejoren su calidad de vida”.

La exaltación de la idea de “ayuda” busca evidenciar que sus acciones son altruistas, desde que no envuelven lucro personal, salvo saciar su vocación por los menos favorecidos. En el campo de relaciones que se instituye, la posición asumida por los técnicos coloca a sus potenciales beneficiarios en la del ‘desvalido’, persona impedida de mejorar sus condiciones de existencia por sus propios medios, que rara vez es cuestionada públicamente por sus interlocutores. Así, el vínculo se estructura en torno a papeles y posiciones definidas: hay agentes que, por detentar ciertos recursos, se encuentran en condiciones de proveer y ayudar y otros en la posición de recibir y ser ayudados. Sin embargo, el análisis no puede contentarse con las inten-

² En el último caso —2011— se trata de un Proyecto de Investigación acreditado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, titulado *Políticas públicas e indigenismo: la incidencia de los programas sociales en la (re)emergencia de la cuestión indígena en Jujuy*.

³ Jujuy se ubica en el extremo norte de Argentina, limita al norte con Bolivia y al oeste con Chile. La mitad septentrional de la Provincia, donde se sitúa el caso analizado, está comprendida por las regiones de Puna y Quebrada de Humahuaca. Ese territorio se caracteriza por un clima frío y seco, que impone restricciones a la instalación humana y a las prácticas agropecuarias. En el espacio rural predomina un campesinado, de origen indígena, que practica agricultura y/o ganadería y las combina con otras fuentes de ingresos (venta de mano de obra, asistencia de programas sociales, etc.). En el imaginario social, el territorio se encuentra entre los más “pobres” de la Argentina. Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos —INDEC—, en 2001, la población con “necesidades básicas insatisfechas” oscilaba entre 29% y 46,1%, según la jurisdicción considerada, siendo 28,8% para la provincia de Jujuy y 17,7% para el total del país (INDEC, 2010).

ciones enunciadas, es preciso entender qué está en juego en esa relación, instituida sobre la idea de *ayuda*.

Marcel Mauss (1974), en su *Teoría del don*, propone pensar las prestaciones altruistas —dádivas o *don*— como actos interesados que, a pesar de que no se explique, envuelven expectativas de retorno —*contradon*—. En cada sociedad existe un código moral que instituye la obligación de dar, recibir y retribuir, creando un ciclo de prestaciones recíprocas entre las partes intervenientes.

Pierre Bourdieu (1997) retomó la noción de dádiva y evidenció que para que esa ficción social, que se presenta como interés por el desinterés, pueda reproducirse, el *contradon* debe ser en especies diferentes del don y/o mediar un lapso de tiempo suficiente entre ambas prestaciones, para que la retribución no sea percibida como un pago. También destacó las relaciones de poder que se ponen en juego en las prestaciones exaltadas como desinteresadas. Por un lado, resalta el *lucro simbólico*, materializado en el reconocimiento público y prestigio, que adquiere quien actúa ante el público guiado por principios de altruismo. Por otro, destaca que quien realiza un favor crea un compromiso y, por tanto, una relación de deuda en quien lo recibe. Sin embargo, como en la dádiva no se explicitan las expectativas en juego, la continuidad del vínculo está sujeta a cierta incertidumbre, dada por la correspondencia de expectativas, según las interpretaciones que los agentes hagan de las (contra)prestaciones. Así, las nociones de *mediación cultural* y la de *dádiva* brindan un marco analítico para aprehender las condiciones de (re)producción del vínculo técnico-beneficiario, así como las contradicciones que emergen del mismo.

En el caso analizado, a través de ese tipo de relación se vinculan agentes de diferente origen social y étnico. Los técnicos de MINK'A son profesionales universitarios, originarios de otras regiones del país, con experiencia en militancia política y sin vinculación actual con partidos políticos o instituciones religiosas. Los destinatarios de sus proyectos son familias campesinas, de origen indígena, que en las últimas décadas sufrieron la desarticulación de sus estrategias de reproducción social⁴. En un contexto caracterizado por la creciente precarización de sus condiciones de existencia, las prestaciones de los técnicos se objetivan en la figura de “proyectos comunitarios”, por medio de los cuales distribuyen recursos.

A mediados de los 90’, los técnicos de MINK’A comenzaron a brindar asistencia técnica y financiera a grupos de campesinos de diferentes aldeas, con el fin de consolidar un sistema productivo agropecuario que cubriera parte de sus necesidades

⁴ Durante la mayor parte del Siglo XX las estrategias económicas de los campesinos de la región se configuraron en torno de la complementación de los ingresos provenientes de la producción agropecuaria, destinada principalmente para el consumo familiar, con la venta de mano de obra, centrada en la cosecha de caña de azúcar en los ingenios situados en regiones colindantes. Parte o todo el grupo doméstico se ausentaba de la comunidad durante la “zafra” (de mayo a noviembre) y retornaba en los meses estivales, en los que se concentraba en las actividades agropecuarias (Rutledge, 1987). En las últimas décadas del siglo pasado, esa estrategia económica se desarticularó gradualmente, al principio favorecida por la mecanización de la cosecha de caña de azúcar y, posteriormente, por la retracción de la economía nacional y, en consecuencia, de la demanda de mano de obra en los diferentes sectores, producto de las políticas neoliberales (Cowan Ros y Schneider, 2008).

alimentarias y generase excedentes para la comercialización. También impulsaron acciones tendientes a transformar otros aspectos de la vida social de los campesinos, como ser: lógicas organizativas, relaciones de género, planificación reproductiva, entre otras. A diferencia de los proyectos productivos, esas intervenciones, que involucran cambios en las pautas culturales, lejos de ser sentidas como una problemática por el conjunto de los destinatarios de sus acciones, han despertado un entusiasmo dispar, incluso resistencia, según la categoría social favorecida.

A través de los proyectos de MINK'A se observa la vinculación, con intermediación técnica, de los campesinos con agentes que actúan en otros universos sociales, en particular las instituciones nacionales e internacionales de promoción social. Los técnicos captan financiamiento para las familias campesinas, para lo cual deben identificar y conectarse con los organismos de cooperación y producir un discurso, plasmado en el formato de “proyecto de desarrollo”, acorde a las expectativas de financiamiento de esas entidades. Eso supone un trabajo específico de gestión, caracterizado por la actualización periódica sobre la institucionalidad de la promoción social, nacional e internacional, y la (re)producción de una extensa red de vínculos con los referentes de las diferentes instituciones.

El acto de mediar no se restringe a actuar como intermediario en la circulación de bienes. Los técnicos también asumen la (re)producción de una interpretación sobre lo que es y lo que debería ser la realidad social del territorio. Frecuentemente desempeñan el papel de, lo que entienden es, “la defensa de los intereses de los campesinos”, a través de negociar en su representación ante agentes -políticos, económicos o representantes de organismos de financiamiento— que manejan narrativas, códigos y lógicas con las que los campesinos no están familiarizados. Esa representación la consideran temporal. Cuando asumen ese papel procuran estar acompañados por algún referente campesino, para que “aprenda” el oficio.

En torno de los “proyectos comunitarios” se constituye un repertorio de prestaciones entre los técnicos y los destinatarios de sus proyectos, sobre el que se estructura el vínculo. La participación de estos últimos no se plantea en un contexto desregulado. Durante la formulación de los proyectos, ambas partes acuerdan un plan de trabajo y reglas de funcionamiento. Si bien los técnicos brindan cierto margen de elección en la definición de las normas, son intransigentes en que el destinatario del proyecto sea un “grupo de productores”, es decir un colectivo, a fin de promover la “unión” y la “organización”.

Instituir a los destinatarios de los proyectos a través de una organización formal posibilita a los técnicos establecer un vínculo institucional con ellos. Las necesidades individuales deben ser traducidas en un proyecto colectivo, para que sean “apoyadas”. Eso permite dar cierta formalidad al vínculo al pretender tornarlo impersonal y regirlo a través de principios de funcionamientos pautados o *burocráticos*, en el sentido *weberiano*. De ese modo, intentan contraponer una relación institucional y formal —MINK'A-grupo de productores— a las relaciones personales —técnico-beneficiario—. Consideran que a través de ese mecanismo promueven la constitución de un ‘actor colectivo’ y se evitan las solicitudes de ayuda personalizada, que

caracterizan como “clientelares” y se las atribuyen a los vínculos establecidos con los mediadores tradicionales —representantes políticos y religiosos—⁵.

En esas normas de funcionamiento se explicitan, pero no se agotan, las expectativas de los técnicos con relación al *contradon* esperado. Frecuentemente priorizan en la asignación de nuevas partidas de financiación a los grupos que demuestran mayor participación en las reuniones e interés por la diversidad de proyectos propuestos, especialmente los que promueven nuevas modalidades organizativas. Así, la intensificación del vínculo, es decir el circuito de contraprestaciones, se retroalimenta a través de la ejecución de nuevos proyectos con los miembros de las aldeas que adhieren a las propuestas de los técnicos.

Es manifiesta la predisposición de los campesinos a recibir ayuda económica, sin embargo no siempre comprenden y/o concuerdan con las expectativas de los técnicos, de ahí que respondan de manera dispar a los “compromisos asumidos”. La institución de *dar o proveer* no es nueva en el territorio. Conforme observó Marcel Mauss, las relaciones dadiosas son inherentes a las relaciones sociales y, en el territorio estudiado, adquieren especificidad en la institucionalidad pública, a través de las modalidades de vinculación de los mediadores tradicionales con el resto de la población, especialmente en la producción de adhesiones políticas. Los campesinos han lidiado con esas lógicas, articulando las prestaciones a sus estrategias de reproducción social (Cowan Ros y Schneider, 2008). En ese contexto, la retribución esperada por los técnicos, en particular la adhesión a nuevas formas de vinculación y organización, introduce una novedad no siempre comprendida por los campesinos, pues no está clara la entidad —candidato, partido político, deidad o religión— que se beneficia y el modo en que lo hace. Eso genera desconcierto y, en ocasiones, desconfianza sobre la existencia de intenciones no explicitadas de los técnicos. Así, condicionados por su situación económica, los campesinos intentan corresponder a los técnicos de manera que no se corte el ciclo de prestaciones, buscando un equilibrio entre el tiempo demandado por las reuniones convocadas y sus tareas productivas.

3. El “saber” como principio de diferenciación y jerarquización

Las expectativas de los técnicos de MINK’A superan la ejecución exitosa de un proyecto comunitario. Aspiran a que los campesinos adhieran a la idea de la necesidad de un “cambio social”, representado en su definición de “desarrollo”, y se apropien de un “proyecto político” que lo viabilice. Lejos de estar definido en términos programáticos, ese proyecto constituye un conjunto de principios y ámbitos de acción, que modelan su “estrategia de intervención”, y gana contenido en cada

⁵ Otra modalidad de diferenciación se observa en la forma en que los mediadores califican sus acciones. En cuanto los representantes políticos y los religiosos manifiestan que “ayudan” a los campesinos, los técnicos prefieren definir su proceder como “apoyo” o “trabajo con las comunidades”. Por su parte, los campesinos reconocen indistintamente como “ayuda” la asistencia que reciben de unos y de otros. Esas diferencias retóricas están asociadas a las características específicas que adquiere cada vínculo, sin embargo, entiendo que todos pueden ser interpretados a partir de la noción de *dádiva*.

proyecto comunitario que se define. La intencionalidad de transformar la realidad social, es decir la cotidianeidad de los campesinos, rara vez es explicitada por los técnicos en los primeros contactos, más bien es revelada gradualmente, según el interés demostrado por los destinatarios de sus proyectos.

La idea de cambio social, por implicar una meta de largo plazo, posee un grado significativo de abstracción e indefinición. Eso deriva en la coexistencia de diferentes representaciones sobre su significado entre los técnicos y de éstos con los campesinos, lo que genera un principio de (des)entendimiento sobre el cual se instituye el vínculo. En la siguiente cita se aprecian los principales elementos que hacen a la visión de mundo de uno de los fundadores de MINK'A:

Concebimos al desarrollo rural a partir de la autogestión y la participación de las comunidades. Generalmente se define al desarrollo por una mejora en las condiciones de vida y acceso a la salud, educación, etc. pero muchas veces está visto como una cuestión pasiva. Nosotros pensamos que el desarrollo implica que las comunidades tengan participación directa en las decisiones, tengan una relación distinta con el poder (...) Por un lado, está el tema de que la gente viva mejor, pero con mejorar un poco el nivel de vida no alcanza. Creemos que la gente tiene que cambiar su forma de actuar hacia afuera. Generalmente la gente es sumisa, casi siempre es avasallada, su autoestima es muy baja, y son cosas que definen su relación de negociación con el poder. Si no logran cambiar su relación con el poder no van a poder lograr lo otro... o lo van a poder lograr con la misma cultura de mendicidad y de clientelismo político. (...) Entonces jugar con las dos cosas, por un lado, hacer cosas que vayan mejorando la productividad y, por otro, organizándose van a ir mejorando. Pero yo creo que la meta final es que ellos cambien la forma de situarse ante el poder y la política (1998, JK).

En esa lectura de la realidad local es explícito el reconocimiento de las relaciones de poder a las que están sujetos los campesinos. La posición subordinada en que se encuentran no sólo se (re)produce por la distribución asimétrica de recursos, sino también por su actitud “sumisa” ante los agentes políticos, económicos o religiosos que están situados en posiciones dominantes. Interpretan que esa posición deriva del proceso histórico de colonización a que han estado sujetos los indígenas locales, de ahí que comprendan la posición de “mendicidad”, que suelen asumir ante los agentes externos. No obstante, entienden que el cambio social está condicionado a la modificación de sus lógicas de vinculación entre sí y con los agentes externos, al igual que la forma como se conciben a sí mismos, lo que supone la desnaturalización del otro como dominante.

A pesar de que en la motivación inicial de los campesinos no se encuentra el deseo que los técnicos opinen o intervengan en sus modalidades de vinculación con otros agentes, apenas esperan que los ayuden a mejorar sus ingresos económicos, en la perspectiva de los técnicos lo que los autoriza a intervenir en esos aspectos de la vida social de sus mediados es el sentimiento de poseer una visión de mundo esclarecida, que los faculta para conducir un proceso que, mínimamente, mejorará sus condiciones de vida. Pues, como observa Neves, los mediadores parten del supuesto de que el saber del mediado no es integrador. Por el contrario, es auto-excluyente,

porque es circunscrito, parroquial, constituido a partir de determinaciones sociales y culturales muy precisas y restrictivas. Presuponen que todo cambio social se vialibiliza por un trabajo educativo. Es por eso que tienden a atribuir para sí un papel salvador o emancipador, por la transmisión de otras visiones de mundo y por la incorporación de saberes diferentes de aquellos de los que el grupo mediado se encuentra dotado (Neves, 1997).

Eso claramente se observa en los talleres de “diagnóstico participativo” convocados por los técnicos, quienes rara vez se contentan con la definición de los campesinos de sus problemas. Suelen cuestionar otras dimensiones de su cotidiano, que no son sentidas como anómalas, intentando imponer otras definiciones de “calidad de vida”, “organización” y “representación”. Inclusive, en las situaciones en que los técnicos valorizan determinadas pautas culturales de los campesinos, especialmente las relacionadas con eventos colectivos de trabajo, con la vida comunitaria o con formas de comercio no monetario, lo hacen resignificando esas prácticas sociales, de manera de tornarlas funcionales a su “proyecto” de cambio social. En esos y en otros casos se pone de manifiesto la tentativa de imponer otra visión de mundo, foránea, que evidencia la arbitrariedad y contradicción con las que se lidian en la promoción social. En el caso analizado, esa tensión entre visiones de mundo gana envergadura con la alteridad étnica existente entre los agentes, que, entre otros aspectos, se objetiva en el hecho de que quienes sienten la necesidad de promover un cambio no son originarios del territorio.

Para incentivar que los campesinos se apropien del proyecto de transformación social y promover su “empoderamiento”, es decir las condiciones para su ejecución, los técnicos de MINK’A enmarcan sus acciones en una estrategia de intervención que tiene entre sus principales pilares la “capacitación” y la “organización”. La capacitación se inició con la reflexión sobre aspectos productivos y comerciales y, gradualmente, se incorporaron cuestiones más intangibles de la vida social —participación política, relaciones de género, cuestión étnica, etc.—. En un principio, fue dirigida a todos los campesinos, para promover la “equidad”—igualdad de condiciones— y evitar la reproducción de asimetrías en sus capacidades. Sin embargo, frente a la adhesión dispar y a las diferentes necesidades individuales, se diferenciaron espacios según el interés y el papel asumido por los campesinos en la organización.

Con la “promoción de la organización” buscan introducir nuevas lógicas de vinculación y articulación entre los campesinos y de éstos con los agentes que ocupan posiciones dominantes. Eso supone la transferencia de tecnologías de participación en ámbitos deliberativos fundadas mayoritariamente en valores de “representatividad”, “equidad” y “descentralización de las responsabilidades”. Por representatividad entienden que los dirigentes sean portadores de las decisiones tomadas en asamblea por los miembros del grupo, privilegiando el consenso sobre la votación, en clara diferenciación a la “conducción autoritaria”, que, interpretan, opera en las organizaciones políticas y religiosas locales, en la que los dirigentes suelen detentar el monopolio de la toma de decisiones.

En un primer momento se trabajó en la consolidación de grupos comunitarios mediante la ejecución de proyectos específicos. Luego se impulsó la articulación de los diferentes grupos en proyectos asociativos de mayor envergadura y, finalmente, se formalizó, por iniciativa de técnicos de diferentes instituciones de desarrollo, el Movimiento Campesino, que llegó a agrupar a 1300 familias, en el 2002. En ese año convergían en el espacio 40 organizaciones de base, aproximadamente la mitad originadas a partir de proyectos patrocinados por MINK'A y el resto con trayectorias vinculadas a otras ONGs, partidos políticos y/o a la Iglesia católica. También participaba un colectivo de técnicos, varios de ellos vinculados a MINK'A, que “apoyaba” las iniciativas del Movimiento⁶.

Con el fin de fortalecer la figura del Movimiento Campesino y constituirlo en el promotor de la transformación del territorio, los técnicos de MINK'A canalizaron parte significativa de sus proyectos productivos a través de esa organización. A medida que se amplió y complejizó su estructura organizativa se diferenciaron papeles. Algunos campesinos asumieron, junto a los técnicos, cierto protagonismo en la definición y gestión, incluida la financiación, de los proyectos productivos, en la participación y coordinación de las comisiones de trabajo y en la representación del Movimiento. Esos agentes son denominados “dirigentes”. Por lo general, son personas que tuvieron experiencias previas de participación en grupos religiosos, políticos y/o en diferentes ONGs, donde adquirieron conocimientos relativos al funcionamiento de las organizaciones y de la administración pública y desarrollaron cierta habilidad oratoria. De alguna manera, son las personas más propensas a adherir a la idea de organización de los técnicos, lo que favorece que actúen como ‘traductores’ entre los primeros y las “bases”.

En la perspectiva de los técnicos de MINK'A la posibilidad de poner en marcha un proceso de transformación social depende de la consolidación de un grupo amplio de dirigentes campesinos, para lo cual implementaron diferentes estrategias tendientes a fortalecer su “formación política” e injerencia en la conducción del Movimiento, lo que explícitamente se asumió como una forma de gestionar la asimetría de poder existente en el vínculo técnico-campesino.

El tiempo dedicado por los dirigentes al Movimiento competía con el demandado por sus labores productivas, impidiendo la asunción de ciertas tareas. Con el fin de valorar su trabajo e incentivar la dedicación exclusiva al proceso organizativo, a aproximadamente una decena de ellos se le asignó una remuneración mensual, para que asistiera a los grupos comunitarios en la implementación de los proyectos. El financiamiento fue gestionado por los técnicos de MINK'A, a través de la figura de “promotor campesino”, incluida en un proyecto de fortalecimiento institucional patrocinado por una organización internacional. Los dirigentes de las organizaciones que no ejecutaban proyectos auspiciados por MINK'A en algunos casos

⁶ El Movimiento surge en 1998, como una red de instituciones de promoción social, principalmente ONGs, que operaban en la región. En los primeros años, la mayoría de las ONGs, excepto MINK'A, abandonaron el espacio, mientras que varias organizaciones de base —campesinas, de artesanos y aborígenes—, pasaron a integrarlo, redefiniéndolo en una organización de base de segundo grado.

gestionaron sus propias fuentes de financiamiento y en otros realizaron la labor sin remuneración.

En ese marco, comenzó a operar una suerte de profesionalización de la labor del dirigente y su diferenciación con relación a las bases. Su dedicación a tiempo completo en el Movimiento, por un lado, favoreció su presencia en espacios de capacitación y formación política, por otro, aumentó su dedicación a las tareas organizativas, que en el lenguaje de las organizaciones sociales es interpretado como “compromiso” o “entrega por los otros”. Ambas cualidades, la “formación” y la “entrega”, constituyen un reconocimiento que contribuye a (re)producir al militante en una posición de autoridad ante las bases. También supuso una reconversión en sus estrategias de reproducción social, pues la remuneración por la labor en el Movimiento pasó a constituirse en parte sustancial de su economía familiar.

Otro aspecto a destacar, es que los dirigentes que recibieron remuneración en calidad de “promotores campesinos”, pasaron a estar vinculados a MINK’A no sólo a través del vínculo técnico-beneficiario, sino también por medio de una relación laboral. Paradójicamente, esa componente económica, al explicitar obligaciones y derechos, introdujo elementos de una relación contractual en un vínculo instituido sobre la dádiva, tornando más complejo y ambiguo el lazo en cuestión. La posición de deuda en que se encontraban estos dirigentes se vio reforzada por la concesión del cargo y la nueva dependencia económica y complejizada por la relación jefe-empleado, que el mismo instituyó.

Otra fuente de complejización del fenómeno organizativo analizado es la incorporación de nuevos técnicos, en su mayoría llegados recientemente al territorio, que pasaron a ser contratados por el Movimiento Campesino, sin tener vinculación con MINK’A. Todo vínculo laboral lleva implícito una relación de autoridad del tipo patrón-empleado. La contradicción que ese tipo de lazo genera en el seno de una organización de pares, se trató de resolver situando la figura del ‘patrón’, en la entidad abstracta del Movimiento. En los hechos fue asumida por el grupo de agentes que ocupaba las posiciones dominantes en la organización, denominados aquí ‘grupo rector’, constituido por los técnicos de MINK’A y los dirigentes. Nótese que el vínculo que establecieron los dirigentes con esta nueva generación de técnicos, lejos de instituirse en torno de la ilusión de la dádiva, se constituyó a través de una relación contractual, encontrándose los dirigentes en una posición de relativa autoridad ante los técnicos novatos, pues en cuanto la pose del saber siguió delegada en la figura del técnico, de ahí la necesidad de su contratación, el papel de patrón lo ejerció el grupo rector.

El proceso descrito evidencia cómo se complejizó la diferenciación de papeles en el campo de mediación analizado. Entre las posiciones iniciales —técnico-beneficiario— emergió un grupo de dirigentes y una segunda línea de delegados de organizaciones, que fueron asumiendo diferentes papeles y posiciones en la jerarquía del Movimiento. También se incorporó una nueva camada de técnicos, que a diferencia de los miembros de MINK’A, que continuaron manteniendo su autonomía y autarquía financiera y salarial por medio de la ONG que crearon, pasaron a ocupar una posición dual ante los dirigentes campesinos. De este modo, el Movimiento pasó a

ser conducido por un ‘grupo rector’ constituido por 10 técnicos de MINK’A y un número aproximado de 15 dirigentes, 10 de ellos patrocinados por la ONG.

Con esa fórmula de funcionamiento, los técnicos de MINK’A pretendieron incentivar la injerencia de los campesinos en las definiciones del Movimiento, a la vez que intentaron redefinir la asimetría de poder existente en la relación. En ese nuevo espacio organizativo, la posesión del saber y de los recursos económicos, ya no eran los únicos elementos de diferenciación y jerarquización, “el compromiso con la organización” y la autoridad laboral surgieron como nuevas fuentes de poder, sobre las cuales se (re)produce la distinción y jerarquización.

Otro aspecto a analizar es el sentido que adquiere para los agentes la promoción de nuevas modalidades organizativas entre los campesinos. Promover un determinado tipo de articulación implica dar una específica existencia social e institucional a los campesinos. En las aldeas existen formas tradicionales de filiación y diferenciación interna y de articulación con los agentes externos, como ser redes de parentesco, vecinales, religiosas y políticas. En la visión de los técnicos las lógicas de agregación de esas redes sociales, por ser fragmentadas y superpuestas, no siempre se sustentan en el principio de “unidad”, sobre el que se basa su proyecto de cambio social. Su idea de organización está asociada a la de un colectivo fundado en un alineamiento de clase y movilizado en torno a un proyecto político. Supone subordinar las disputas de facciones a un comportamiento corporativo ante los agentes dominantes, políticos y económicos, pues sólo así podrán alterar las relaciones de poder. Su posicionamiento ante las instituciones del Estado no se reduce al mero antagonismo ni a la disputa de posiciones a través de la competencia electoral, sino a combinar acciones reivindicativas con la captación de los recursos públicos movilizados a través de la institucionalidad de la promoción social; una forma de imponer a los representantes del Estado el cumplimiento de lo que entienden son sus funciones y acceder a recursos para generar un proceso de desarrollo sostenido. De ese modo, con la idea de que “todos son parte de la misma organización y del mismo proyecto”, los técnicos de MINK’A apuntaron a la consolidación de un nuevo “sujeto político” en el territorio.

Motivados por promover un universo social menos excluyente, los técnicos no siempre se percatan que la promoción de nuevas formas de sociabilización lleva implícita un cuestionamiento de cuño moral al modo de vida y principios de vinculación de sus mediados. No sólo asumen una posición dominante por poseer recursos materiales, sino también por atribuirse la visión de mundo legítima de lo que significa un devenir mejor para sus beneficiarios. Sin embargo, los mediados no siempre se muestran pasivos ante la tentativa de transformación de su universo social. Sobre la base de ese malentendido emergen tensiones a partir de las cuales se (re)configura el vínculo.

4. La disputa de posiciones en la (re)configuración del campo de mediación

A diferencia de las “bases”, que en sus relatos suelen representar al Movimiento Campesino como un ámbito de donde movilizar recursos para su subsistencia, los técnicos de MINK’A y los dirigentes manifiestan compartir una meta común: la

consolidación del Movimiento como espacio de articulación y representación de los habitantes del territorio. Compartir ese objetivo no supone la ausencia de diferencias de funcionamiento e incluso de sentido sobre la idea del “cambio social” y del papel de la Organización.

La estrategia de intervención de los técnicos mostró cierta efectividad en el incremento del involucramiento de los dirigentes en la toma de decisiones. A pesar que forma parte de los objetivos explicitados por los técnicos, no siempre ocurre como un proceso planeado y pautado, sino como producto de disputas, que generan tensiones e incertidumbre sobre la reconfiguración del lazo.

Observé un enfrentamiento de esa naturaleza en una asamblea, en la que participaban 25 campesinos, entre delegados de comunidades y dirigentes, y dos técnicos. Al tratarse la ejecución de un proyecto de infraestructura comunitaria, un técnico informó que no se podría ejecutar según lo planeado, debido al aumento del costo de los insumos, producto de la crisis inflacionaria de ese año. Un dirigente⁷ pidió la palabra y cuestionó el papel desempeñado por los técnicos, rematando su exposición con la frase: “¡al final, los técnicos son como los políticos: prometen pero no cumplen!”, comparación que enardeció a su oponente.

El técnico arremetió argumentando que el fracaso del proyecto no era su responsabilidad ni la del Movimiento, sino de la institución financiadora, por demorar la liberación de los fondos. Enfatizó que el dirigente era consciente de ello, pues había participado de la gestión del proyecto; no obstante, asumía una actitud “descomprometida”, “delegando responsabilidades y culpas”, en vez de “apropiarse del proyecto”, graficando la actitud estereotipada que se le atribuye a los pobladores cuando se vinculan con los políticos. Salvo algunas tímidas intervenciones en apoyo al dirigente, el resto de la asistencia se limitó a observar el desarrollo del enfrentamiento. Al cabo de una hora de duelo verbal, el dirigente interpeló a la audiencia sobre la pertinencia de que los técnicos asuman responsabilidades en la ejecución de los proyectos. A fin de concluir el enfrentamiento y retomar la agenda de la asamblea, se acordó convocar a una reunión, a puerta cerrada, entre dirigentes y técnicos, para deliberar sobre sus respectivos papeles.

El conflicto descrito gana interés analítico por ser la primera vez que se explicitó la disputa entre técnicos y dirigentes por los espacios de toma de decisión, evidenciándose algunas de las contradicciones inherentes al vínculo en cuestión.

En la asamblea, el enfrentamiento se desarrolló en el terreno de la moral. Cada contendiente intentó deslegitimar, ante la audiencia, el proceder de su contrincante, homologándolo a las lógicas de acción que predominan en los vínculos “clientelares”, cuestionados en el seno del Movimiento por entender que (re)producen relaciones de dominación y se fundan en actitudes oportunistas. Que el duelo verbal haya discurrido sobre esa ‘topografía moral’, pone de manifiesto cómo la visión de mundo de los técnicos, es decir su sistema de categorías de apreciación y

⁷ Un hombre adulto, originario de la aldea donde ocurría la asamblea, con larga militancia en organizaciones sociales y partidos políticos. Su trayectoria política no estaba vinculada a MINK’A, ni recibía remuneración de esa ONG por su papel de dirigente.

clasificación, es apropiada y/o instrumentalizada por los dirigentes en la disputa de posiciones que opera e instituye el campo de mediación y sobre la cual se configura el Movimiento, como nueva estructura organizativa.

El conflicto evidenció otros cambios que estaban operando en el vínculo técnico-dirigente. Hubo una inversión de roles, pues son los técnicos quienes suelen juzgar a los campesinos, interpelándolos sobre su compromiso con las responsabilidades asumidas. En esta oportunidad fue un dirigente quien descalificó públicamente a un técnico, lo que evidenció un cambio en la asimetría de poder. Es destacable que el duelo ocurrió en una asamblea, donde se impone la retórica como principal recurso, utilizada con mayor destreza por los técnicos. Mientras que las “bases”, por estar menos provistas de habilidades oratorias, recurren al silencio o a la inasistencia a los eventos, una especie de boicot a la participación, para hacer valer sus puntos de vista, los dirigentes, a partir de tecnologías de participación transmitidas por los técnicos, comienzan a estar en mejores condiciones para defender sus puntos de vista en el duelo verbal.

En lo que respecta a las expectativas en juego, la moción del dirigente de replantear el papel de los técnicos, evidencia que en el tránsito de la posición de “beneficiario” a la de “dirigente”, se redefinen los intereses de los agentes y sus expectativas en relación a la “ayuda” recibida de los técnicos. La prestación esperada ya no se centra en la asistencia económica, sino en el apoyo que desean recibir en su papel de conductores del Movimiento, que supone tornar prescindibles a los técnicos en algunas de las funciones que cumplen, para que puedan consagrarse en el papel de “dirigentes”.

Días después, tuvo lugar la reunión entre técnicos y dirigentes. Desconozco los detalles de la reunión, sólo trascendió que se acordó prescindir de la presencia de los técnicos en las instancias consideradas decisorias, para favorecer el protagonismo de los dirigentes. El resultado fue asumido como una clara victoria por los dirigentes. Uno de los asistentes⁸ a la reunión, un reconocido dirigente local, cuya trayectoria tampoco está asociada a MINK’A, sostuvo:

Los técnicos se tendrían que plantear ¿qué es acompañar? Y ¿qué es protagonismo? Por ahí se les va la mano y muchos son protagonistas y vos ves en una reunión que todos los que hablan son técnicos... Y se montan en una discusión queriéndose dar las razones. Entonces yo creo que viene el darse un fuerte momento de replanteo... y no porque “nosotros hacemos las autocriticas...” —parafrasea a los técnicos—. Las autocriticas sin modificaciones de conductas, me parece, no son autocritica. Desde querer validar todos los días su rol de técnico... y en esa validación siempre estás haciendo diferencia... entonces por eso si la organización es un proyecto de vida, las diferencias tienen que entrar a desaparecer (2002, GJ).

En el relato, el entrevistado no planteó la necesidad de crear espacios deliberativos con participación de los dirigentes, pues ya existían, sino que cuestionó la

⁸ Un hombre adulto, originario de la región, maestro de escuela, con una reconocida trayectoria política en el territorio, que le permitió ser alcalde de una localidad, cuatro años después. Participó de la creación de una importante cooperativa de trabajo y del Movimiento Campesino.

legitimidad de los técnicos para participar en esos espacios. Puso en juego la necesidad de regular el derecho a la palabra en los ámbitos decisarios de una organización campesina. Así, frente a la asimetría de recursos entre técnicos y dirigentes en los espacios deliberativos, estos últimos intentaron redefinir las nociones de “participación” y “representación” imponiendo el criterio que más favorece a su posición: su condición de miembros auténticos de una organización campesina, y originarios del lugar. Esa fue una manera de contestar e invertir el principio de jerarquización impuesto por los técnicos, fundado en la pose del saber, a través de adicionarle —y contraponerle— otro fundado en la legitimidad de la voz autorizada en una organización de base. Implica (re)establecer y legitimar el distanciamiento social a través del origen de clase, explicitando la no pertenencia del técnico a la clase campesina ni al territorio y, en consecuencia, redefinir su vinculación, por medio de la segregación, con la organización a la que dice pertenecer.

Ciertamente lo que está en juego en la disputa entre técnicos y dirigentes no es simplemente ocupar espacios en la toma de decisiones, sino monopolizar el papel de representantes y portavoces legítimos de la organización, es decir el de dirigente. Conforme Bourdieu interpreta el *fetichismo* que opera en el acto de representar, ese papel conlleva “hablar en nombre de” y, en consecuencia, tomar y usurpar la voz de quien se dice representar, lo que confiere una posición privilegiada para imponer una determinada visión de mundo (Bourdieu, 1990:196). En esa disputa, el *efecto de oráculo* —la posibilidad de que el individuo hable en nombre del nosotros, que autoriza el pasaje del indicativo al imperativo— adquiere su eficacia sólo en la palabra de los dirigentes, pues son ellos, en su condición de nativos y de campesinos, quienes pueden asumir la legitimidad de hablar en nombre del resto, más aún si se plantea un proyecto de cambio en el territorio. Así, hacen primar la representatividad por sobre la pose del saber, imponiendo la valorización de sus capitales al enfrentarse a los técnicos.

Otro aspecto a destacar es la existencia de diferentes lógicas de acción de los dirigentes, en su posicionamiento ante el conflicto instituido. En general, quienes hicieron pública su disconformidad y condujeron la disputa con los técnicos al terreno de la confrontación pública fueron aquellos dirigentes cuya trayectoria no estaba asociada a MINK’A ni sus organizaciones de base dependían de sus proyectos. En esos casos el sentimiento de deuda generado por la ilusión de la dádiva parecía carecer de fuerza. Los dirigentes más estrechamente vinculados a MINK’A, en particular aquellos que recibían algún tipo de remuneración, no asumieron un papel protagónico en la disputa. Eso no significa que desconsiderasen la tensión derivada de la ambigüedad del lazo. De hecho, años más tarde, presencie otra disputa de la misma naturaleza en la que estaban involucrados “promotores campesinos” financiados por MINK’A. Sin embargo, en esa disputa la lógica y los recursos movilizados fueron diferentes.

En esa oportunidad, la técnica cuestionada había sido recientemente contratada por el Movimiento, por lo que no pertenecía a MINK’A. En su carácter de contratada estaba sujeta a la autoridad y dirección del grupo rector y coordinaba su trabajo con los “promotores”, que también eran dirigentes, de la organización de

base que asistía. Un hecho distintivo de ese enfrentamiento es que por primera vez un grupo de dirigentes hizo uso de su facultad de ‘patrones’ y pidió a los miembros del grupo rector terminar el vínculo contractual con la técnica, “por no responder a las necesidades de la Organización”, solicitud que fue atendida. Obsérvese que estos dirigentes no disputaron posiciones con cualquier técnico, sino con una novata y antes de solicitar su dimisión a la coordinación del Movimiento buscaron el apoyo de los técnicos de MINK’A. Así, si por un lado, fortalecieron su posición ante una segunda línea de técnicos, explicitando el reconocimiento de una jerarquía dentro del grupo de técnicos y disputando su lugar en el grupo rector, por otro, al demandar el aval de los técnicos de MINK’A contribuyeron a reproducir a estos últimos en la posición dominante en el Movimiento.

En el día a día, la diferencia cultural entre ambas partes se expresa a través de ciertos desencuentros sobre cómo interpretar la realidad. Esas tensiones a pesar de que rara vez acaban por manifestarse en conflictos, contribuyen a desgastar la imagen que los campesinos tienen de los técnicos, especialmente cuando sienten que es una desvalorización de sus pautas culturales lo que está en juego.

Es común observar cierta ansiedad entre algunos técnicos para que “los dirigentes conduzcan la organización hacia un terreno más político” y evitar que el Movimiento quede estancado en un papel asistencial. En ese afán, esperan que los campesinos “politicen”—desnaturalicen, objetiven y racionalicen—sus prácticas y relaciones sociales, demandándoles un trabajo que rara vez ellos mismos están en condiciones de realizar. Así, intentan “politicizar” aspectos de la cotidaneidad, interpretando ciertos eventos y la toma de posición de los campesinos en función de “su contribución al proyecto político”. En otros casos, manifiestan su desacuerdo en que los dirigentes se encuadren como candidatos en las facciones políticas locales, por entender que es insuficiente su capacidad para lidiar con las lógicas de los partidos políticos, además de propiciar divisiones al interior del Movimiento debido a las diferentes filiaciones de las bases.

Los técnicos no siempre se percatan que al atribuirse la interpretación legítima de la realidad, descalifican la de los dirigentes y los desautorizan ante las bases. Es fácil inferir que incomode, aún más si se considera que lo que se pretende corregir es la lectura que los campesinos tienen de la realidad social en la que viven. Lo que está en juego en ese proceder de los técnicos es introducir una visión de mundo y una lógica de acción que focaliza en la “toma de posición ideológica”. No obstante, los posicionamientos de los campesinos ante los conflictos comunitarios y, en particular, en las contiendas electorales, como señala Alavi, lejos de estar determinados por cuestiones ideológicas, están asociados a la filiación y a las lógicas de acción inmanentes a las redes sociales —parentesco, religiosas, políticas, etc.— (1973). Los campesinos desarrollan otras lógicas de resolución de conflictos que no siempre son entendidas o consideradas pertinentes por los técnicos. Este es uno de los principales obstáculos con los que se encuentran los técnicos en la promoción del “cambio de actitudes”, de cara a la transformación social deseada.

Esa tensión de visiones de mundo, no siempre es objetivada por los agentes interviniéntes. Cuando los dirigentes logran hacerlo intentan redefinir los principios

de jerarquización que se instituyen en el campo de mediación, para limitar la intervención, o mejor dicho la ‘(intro)misión’, de los técnicos en su cotidianeidad.

Un aspecto a enfatizar es que si bien los dirigentes cuestionaron el desempeño de los técnicos, no manifestaron su prescindibilidad. Siempre les asignaron un papel, restringido a “acompañar” y “apoyar” las acciones que ellos definieran. En ese contexto, “apoyo” ganaba un sentido diferente al atribuido por los técnicos. No estaba asociado al papel de ‘guía en el proceso de emancipación’, sino a una asistencia en la vinculación con la institucionalidad del desarrollo. Acotaban su función a la realización de tareas de gestión y administrativas, que no es común que los dirigentes puedan realizar.

Obsérvese cómo en la disputa analizada se intentó reconfigurar la relación de mediación instituida sobre la idea de “apoyo” o ”ayuda”. Si en el comienzo fueron los técnicos de MINK’A quienes tomaron la iniciativa para vincularse con sus potenciales beneficiarios, atribuyéndose implícitamente el papel de ‘educadores’ y ‘proveedores’, en este momento eran los dirigentes quienes trataban de asumir la conducción del proceso, redefiniendo la función de los técnicos y disputando algunas de sus funciones como mediadores culturales. Cuanto menos ‘encantamiento’ existió en torno de la dádiva, más fácil resultó para los dirigentes objetivar las relaciones de dominación que se instituyen en el vínculo de promoción social y disputar posiciones a los técnicos.

Diferente fue el caso de los nuevos técnicos que se integraron al Movimiento a través de una relación laboral, en la que sus empleadores eran los dirigentes y los técnicos de MINK’A. El vínculo ya no se estructuró sobre la idea de ayuda, pues lo que primó fue una relación contractual, en la que se pautaban las expectativas en juego y el proceder de cada parte. En esos casos, a pesar de que el técnico siguió siendo visto como poseedor de un saber particular, el recurso económico estuvo bajo control del grupo rector. Al no estar en juego la ilusión social de la dádiva, los dirigentes ya no estaban sujetos a la posición de deuda por el favor recibido. Evidentemente, fue la situación donde menor asimetría de poder existió entre las partes y los dirigentes estuvieron en mejores condiciones para lidiar con la relación de dominación que instituye el vínculo de mediación.

El poder que ejercen los mediadores técnicos sobre sus mediados evidencia su eficacia principalmente en la vinculación con la institucionalidad de la promoción social, pero encuentra sus límites en aquellos dominios sociales en que los campesinos están sociabilizados y dotados con los capitales para disputar posiciones, como ser el comunitario, el étnico e, incluso, el político (Cowan Ros, 2008). Pero, los técnicos no poseen el monopolio de la articulación de los campesinos con la institucionalidad de la promoción social. Los mediadores tradicionales, en particular los representantes políticos, continúan cumpliendo un papel relevante en la articulación de los campesinos con los programas sociales públicos. Así, para los campesinos se presenta la posibilidad de acceder a recursos de los programas públicos a través de relacionarse con diferentes agentes, que plantean lógicas específicas de vinculación. En la reproducción de esas lógicas, se circunscribe el margen de acción de los técnicos, en relación a la transformación social que anhelan.

En ese punto se observa que la dependencia de los campesinos de los técnicos, tan sólo es una faceta de una *relación interdependiente*. El ejercicio profesional de los técnicos lejos de restringirse a una estrategia laboral, objetivada en el salario, debe ser también interpretado como una vocación política por los más desfavorecidos, expresado por algunos de ellos como un “proyecto de vida”, que conlleva cierta carga afectiva que emerge en la interacción cotidiana con sus destinatarios, la emigración de su lugar de origen y cierto desarraigo social y cultural. La propia creación y consolidación de una institución, como una ONG, supone gran inversión de tiempo, trabajo y expectativas y, principalmente, precisa de destinatarios. La intervención, asumida como un “proceso” secuenciado en etapas, según el “grado de organización y concientización” alcanzado por los destinatarios, augura en el tiempo nuevos desafíos, que nutren el interés y el entusiasmo por el trabajo de promoción. De ahí, las ansias de los técnicos de continuar con los mismos grupos de campesinos a fin de avanzar en la concreción del proyecto político y no quedar ‘atascados’ en las primeras etapas consideradas “más asistenciales”. La necesidad de los técnicos de que los campesinos renueven la adhesión a su proyecto de cambio, puede alterar el poder de negociación de cada parte, conforme sea objetivada por los campesinos en las disputas que emergen.

Ciertamente técnicos y campesinos convergen en un vínculo para mejorar, lo que cada uno entiende es “la calidad de vida” de estos últimos. Sin embargo, en cuanto para los primeros esa meta está supeditada a la transformación del orden social local, para gran parte de los segundos, en lo que concierne a su vínculo con los técnicos, está acotada a mejorar sus ingresos económicos, siendo ese probablemente el principio de la alianza “malentendida” que los une y los enfrenta.

5. El dilema de la emancipación de los campesinos

La emergencia de la disputa entre dirigentes campesinos y técnicos interpeló a estos últimos sobre el proceso de emancipación que pretendían conducir. Resultaba claro y grato que la posibilidad de que los dirigentes les disputaran posiciones no sólo era un resultado esperado, sino había sido favorecido por la forma como habían gestionado la asimetría de poder. Sin embargo, no existía consenso sobre el rumbo que podría y debería tomar el Movimiento y la modalidad de vinculación que demandaba la nueva situación, más precisamente cuál era su papel, en cuanto técnicos, en una organización política de base campesina.

Las reacciones de los técnicos fueron diversas. En parte, pueden ser explicadas por sus posicionamientos ideológicos sobre el papel de la militancia en los procesos políticos y por su posición en la jerarquía del Movimiento. También existe una componente psicosocial —propensión al liderazgo, vocación política, proyección profesional, etc.—, y otra emocional, que si bien contribuyen a explicar los posicionamientos, exceden el enfoque analítico del artículo.

En lo que concierne a las visiones de mundo en juego, pueden identificarse dos posiciones. Algunos técnicos reconocieron la asimetría de poder existente en los espacios de toma de decisión. Si bien los asumen como ámbitos “democráticos”, donde se pondera la “participación” y el “consenso”, entienden que las reglas de

juego instituidas valorizan los recursos —habilidad oratoria, información y saberes específicos de la institucionalidad del desarrollo, etc.— que poseen en mayor medida los técnicos, encontrándose mejor posicionados para validar, o sea, imponer su visión de mundo, lo que instaura otra modalidad de dominación. Gestionar esa asimetría de recursos, suponía no sólo continuar con la transmisión de saberes y habilidades, sino también “ceder la conducción a los dirigentes”. Al no conseguir imponer esta perspectiva, algunos de los que la sostenían se alejaron gradualmente del Movimiento.

Otros técnicos interpretaban que la propia disputa de posiciones era la mejor evidencia de la reducción de la asimetría de poder entre técnicos y dirigentes, siendo ese proceso el que debían incentivar, incluso desde su participación, ahora negociada, en los diferentes ámbitos del Movimiento. Nada garantizaba que la delegación de esos espacios de poder a los dirigentes significaría una relación más simétrica de éstos con las “bases”. Entendían que la tendencia a la reproducción de las formas de liderazgo “autoritarias” y/o a sucumbir a la lógica de la “política tradicional” aún estaban presentes entre varios dirigentes, siendo una de sus funciones como técnicos mediar entre las partes.

Resignar posiciones se convertía en un disyuntiva para los técnicos, cuando lo que estaba en juego era ceder su “papel político” en la conducción del proyecto de transformación social, para quedar relegados a tareas administrativas. Si bien se repliegaron de los “espacios de toma de decisión”, continuaron teniendo una influencia preponderante por ocupar una posición estratégica en la circulación de recursos y por ser referentes y potenciales aliados de varios dirigentes, en los enfrentamientos que emergían en el ‘nuevo’ grupo rector.

Neves observa que la relación de mediación entre agentes involucrados en procesos de emancipación social es estructuralmente provisoria y contradictoria. Es provisoria porque se constituye con vistas a visibilizar, de un modo específico, al otro o a construir, según ciertos objetivos políticos, a los propios representantes del grupo. La exclusión de los mediadores institucionales del campo de relaciones sociales está prevista en cuanto principio. Es contradictoria porque hace aparecer como emancipado lo que es subordinado o, en el mejor de los casos, integrado a las reglas de juego que definen modos de participación. Una contradicción que, no pudiendo ser superada, debe ser constantemente administrada (Neves, 1997). Sobre este dilema conversé con un técnico:

- *¿Pretender generar un proceso de autonomía y emancipación significa que en algún momento vas a ser prescindible [como técnico]?*
- No sé. Nosotros venimos con el modelo que generás capacidades locales y después te retirás y, como un misionero, se replica lo mismo adonde vas. El tema es que con el desarrollo de la organización se complejiza la tarea, se generan nuevos problemas y se sigue necesitando de ese rol. No te hablo de la persona. Por eso te digo que podemos hablar de saberes, de capacidades, pero más allá de las personas.
- *¿El técnico estaría en mejores condiciones de lidiar con conflictos nuevos..?*
- De contribuir desde otra mirada, hasta ahí. Por eso te hablo del rol, después uno puede llegar a ser dirigente o no. Pero la necesidad del trabajo intelectual, del

análisis, de la lectura de esa realidad nueva, compleja, con otros problemas, con otros horizontes y demás, requiere de ese rol. Ahora si: “¿no es que nos estemos equivocando con que generaremos un poquito de autogestión en la comunidad y después nos repleguemos... y que eso lo conduzca otro? [se refiere a los partidos políticos] O que siga otro rumbo, porque perfectamente se puede corromper...

- *El tema es que también hay una cuestión que es el origen de clase y la trayectoria... Hay un punto en el cual las miradas, los intereses pueden ser muy diferentes, que en algún momento se pueden plantear como proyectos políticos diferentes y que no pase por una cuestión de capacitación, de saberes... ¿Hasta qué punto va a ser siempre el mismo proyecto político el de ustedes y el de los campesinos?*
- *¿Por qué tiene que ser el mismo? El tema es lograr la síntesis, la articulación, la complementariedad, porque también ¿cuál es la cuestión acá? Generar más articulación a nivel de campesinos, más fortalecimiento sectorial de las distintas fracciones de clase y demás o es necesaria la articulación social, entre otros sectores, pensar un proyecto que pueda contener los intereses de las distintas clases...?*
- *¿Se empieza a ver la necesidad del proyecto político con los dirigentes del Movimiento?*
- Sí. Si, todos los días, se empieza a ver y se empieza a apropiar en algunos dirigentes, en algunos más, en algunos menos... Estos dirigentes que se van formando, con cursos, con experiencias, con capacitación y demás, se van formando, van desarrollando capacidades de leer un poco más la realidad, de pensar escenario, de pensar estrategias a largo plazo. Esos dirigentes ya se han transformado, su visión y sus capacidades se han transformado y ya no es la mirada y la capacidad de la visión del productor que está en la base y justamente lo que está teniendo ese desarrollo intelectual y lo que nos está mostrando la realidad, es que es necesario... ¿Cuál es la extracción social? ¿cuál es la diferencia entre vos, articulado en un proceso de desarrollo local, regional, rural y demás, con el otro? que quizás puede llegar a ser un término de formación política, la misma que tenés vos... y va a ser un tipo que le va a dar muchísima... hasta donde le dé, con todas las limitantes que tiene esa perspectiva, esa visión... y además digo, estos dirigentes que además son los que van asumiendo la conducción de la organización... me parecen que nos están mostrando algo, nos están mostrando que esa división es más de condición social, de que si sos rubio o no sos rubio... en algún punto, el saber diferente, desde otra mirada, es necesario [D-MINKA-2005:2-3].

Esta reflexión nos remite a una controversia de larga data en el pensamiento social, que refiere a la posibilidad de que las categorías sociales que ocupan las posiciones subordinadas en la sociedad, en especial los campesinos, lideren procesos de transformación social que los lleven a una situación de mayor emancipación. Ciertamente, el posicionamiento ante esa disyuntiva define la ‘razón de ser’ de los agentes —profesionales y/o militantes políticos— comprometidos con procesos de promoción social.

Karl Marx instituye la controversia en su análisis del campesinado francés del siglo XIX, en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Para Marx, los campesinos pueden ser considerados una *clase-en-sí*, por tener un modo de producción que determina relaciones sociales, una cultura e intereses específicos, que los oponen a otras clases, sin embargo debido a su incapacidad de llevar adelante una acción política de gran escala, no formarían una *clase-para-sí*, siendo “incapaces de hacer valer su

interés de clase en su propio nombre (...) No pueden representarse, sino que tienen que ser representados" (Marx, 2000:89).

Esa proposición, extensamente apropiada en los programas políticos de las organizaciones de inspiración marxista del siglo XIX y del XX, también permeó el pensamiento social académico, objetivándose en la tradición teórica de la *hegemonía o falsa conciencia*, y puede reconocerse como presupuesto en la estrategia de intervención de los técnicos de MINK'A.

Varios estudiosos del campesinado si bien reconocieron su capacidad de acción política, ampliamente verificada en los procesos revolucionarios del siglo XX, han teorizado sobre las características que presentan como clase, que imposibilitan que protagonicen luchas políticas a escala nacional, sin la intervención de agentes originarios de otras clases, en especial intelectuales (Gramsci, 1987; Hobsbawm, 1983; Wolf, 1999; Shanin, 1966). Bourdieu sostuvo que esa incapacidad política de los campesinos deriva de que al ocupar las posiciones subordinadas en el campo de la producción simbólica, están desposeídos de los instrumentos de clasificación y representación de mundo para expresar su propio punto de vista. Dependen de la transferencia de recursos cognitivos de ciertas facciones de intelectuales, para desnaturalizar la representación de mundo de las clases dominantes, sin embargo se ven privados de construir su propia subjetividad, constituyéndose en objeto de las luchas de otras clases sociales (Bourdieu, 1977).

A pesar de su gran aceptación, esa perspectiva teórica no ha logrado pleno consenso en el pensamiento social. James Scott, uno de los autores que más ha invertido en elaborar un abordaje alternativo, entiende que los dominados tienen capacidad de objetivar y desnaturalizar la realidad social, en particular las relaciones de dominación a la que están sujetos, y definir la situación que más se ajuste a sus intereses. Que no lo enuncien públicamente no significa que estén desposeídos de esos recursos cognitivos. Ese silencio, en vez de ser entendido como conformismo y/o encantamiento con la realidad social, debería interpretarse como una estrategia consciente para ocultar sus pensamientos. Una especie de actuación, que montan ante los dominantes para que sus sentimientos no sean percibidos. Sólo cuando la correlación de fuerzas les es favorable explicitan esa disconformidad en las disputas que entablan (Scott, 2000).

En este punto, la controversia teórica se constituye en una disyuntiva epistemológica, que se origina en diferentes concepciones sobre la naturaleza de orden social y sobre la definición de política⁹. Entiendo que carece de sentido insistir con la discusión de si está o no en la naturaleza del campesinado conducir procesos de

⁹ Entre los autores de filiación marxista predominó una concepción del orden social que pondera el papel de las estructuras sociales por sobre el individuo y una definición de práctica política asociada a un colectivo organizado —sindicato o partido político— cuya meta se orienta a la concreción de una revolución social de inspiración socialista. La perspectiva de James Scott se aproxima a un enfoque individualista, en el que el orden social es el resultado de las interacciones individuales, y su idea de *praxis* política —o *infrapolítica*— remite a un conjunto de acciones que afectan negativamente al orden establecido, sin estar necesariamente ancladas en una organización formal o sustentadas por un discurso público revolucionario o reivindicativo.

transformación política, pues entre otros aspectos supone asumir la existencia de un ‘campesino universal’, sacrificando en el análisis su especificidad, tanto histórica como del contexto en el que interviene.

No obstante ello, en el caso analizado, al igual que en muchos otros lugares del continente, se observa un común denominador: la intervención de agentes de la promoción social en los procesos de emergencia de organizaciones políticas y/o movimientos sociales de base campesina. La frecuencia de ese fenómeno invita a reflexionar sobre los motivos de la persistencia de ese tipo de vínculo a pesar de sus contradicciones estructurales, más específicamente: ¿cuáles son las condiciones de (re)producción de la dependencia de los campesinos frente a los agentes de la promoción social? y ¿cómo ello interviene en la configuración y en las prácticas de las organizaciones políticas en el ámbito rural?

Las condiciones de (re)producción de esa dependencia no pueden ser comprendidas si no se integra al análisis la creciente vulnerabilidad y subordinación de las economías domésticas campesinas frente a la expansión de la lógica de producción capitalista en el agro y, como contrapartida, la progresiva vinculación de los campesinos al complejo de instituciones de promoción social.

En Argentina, la vinculación de los campesinos con la institucionalidad de la promoción social se tornó en una alternativa factible a partir de la década de 1990, cuando los programas de desarrollo rural patrocinados por el Estado adquirieron cobertura nacional¹⁰. Esos programas inciden en la reconfiguración del vínculo del campesinado con el resto de la sociedad y en sus estrategias de reproducción social, pues los recursos que distribuyen constituyen una fuente de ingresos indispensable para muchas familias campesinas.

Ese fenómeno es especialmente evidente en el área de estudio. Hasta la década de 1980, la economía de las familias campesinas se constituía fundamentalmente de la combinación de los ingresos provenientes de la producción agropecuaria y de la venta de mano de obra. Luego de un proceso de desarticulación de sus estrategias de vida, catalizado por las políticas neoliberales, el acceso a los recursos de los programas sociales adquirió relevancia para su subsistencia. En el 2003, en uno de los distritos estudiados, de las 360 familias existentes 300 habían solicitado ser beneficiarias de un programa público de empleo, lográndolo 100 de ellas; 200 eran beneficiarias de un plan alimentario; 20 recibían becas de estudios para sus hijos y, aproximadamente, 50 eran beneficiarias de MINK'A. (Cowan Ros y Schneider, 2008).

A través de los programas de promoción social los campesinos pasaron a interactuar con un dominio social, definido principalmente por las instituciones del Estado, o *campo burocrático* en términos de Bourdieu (1993), con el que prácticamente no interaccionaban en el pasado. Interaccionar en ese campo social supone lidiar con una lógica de acción, que implica movilizar capitales escasamente disponibles para

¹⁰ Desde inicios de la década de 1970 existen experiencias de ONGs de promoción social que intervienen en el ámbito rural argentino. Sin embargo, sólo a partir de la década de 1990, la institucionalidad de la promoción social, tanto pública como la privada, adquirió presencia significativa en el territorio nacional (Cowan Ros, 1999).

los campesinos. Acceder a la información sobre la oferta de programas, establecer contactos personalizados con los equipos técnicos, negociar el financiamiento de proyectos, entre otros aspectos, involucra un trabajo de gestión, que demanda tiempo, dinero y conocimientos escasamente disponibles para los campesinos. Adicionalmente, el imperativo de traducir en la figura de “proyecto de desarrollo”, es decir en el formato y en el léxico de la institucionalidad de la promoción social, sus problemas y las acciones para revertirlos, impone lidiar con un lenguaje, una racionalidad y una visión de mundo que les son ajenas. Esos obstáculos sumados a la dificultad de acceso y/o manejo de las nuevas tecnologías de la comunicación complica el acceso de los campesinos a la “ayuda” brindada por esos programas, sin la intermediación de los técnicos.

El caso analizado en este artículo ofrece nuevos elementos para reflexionar sobre la forma en que la institucionalidad de la promoción social interviene en la configuración de las organizaciones sociales en el ámbito rural, a través de la imposición de la figura del mediador cultural. En los últimos años, la participación de los técnicos, en cantidad e intensidad, se redujo considerablemente y la figura de MINK’A perdió relevancia. Los dirigentes pasaron a conducir el Movimiento y a protagonizar las nuevas disputas, que en parte se saldaron con el alejamiento de alguno de ellos y de sus organizaciones del Movimiento, reduciéndose el número de miembros a la mitad del alcanzado en el 2003.

En un contexto de creciente reivindicación étnica, gran parte de la lucha política de las organizaciones campesino-indígenas del territorio, incluidas las integrantes del Movimiento, pasó a canalizarse contra el gobierno provincial, para que concrete la entrega de los títulos de propiedad comunitaria de las tierras a las comunidades aborígenes, conforme indica la Constitución Nacional de 1994. En ese marco de reafirmación étnica, los pobladores locales buscan recuperar formas autóctonas de organización, en especial las “comunidades aborígenes”, a través de las cuales canalizar sus luchas, quedando relegada la estructura organizativa del Movimiento a un papel económico-productivo. Los pocos técnicos aún vinculados al Movimiento, si bien apoyan la reivindicación étnica, desconfían sobre el rumbo que pueda tomar el movimiento indígena, pues entienden que comienza a configurarse en torno a una “lucha de razas” en vez de a una de clases.

En 2011, el Consejo de Organizaciones Aborígenes de Jujuy, entidad que articula a “comunidades aborígenes” de la Provincia, entre las que se encuentran integrantes del Movimiento, creó la “Tecnicatura Superior en Desarrollo Indígena”, con el patrocinio de una universidad nacional y el apoyo financiero de una ONG alemana. Está dirigida a formar “técnicos”, provenientes de las organizaciones de base, para intervenir en la formulación y ejecución de proyectos de desarrollo, a partir de una cosmovisión que recupere las culturas originarias. Se busca producir y/o convertir a líderes locales en “técnicos”, para que estén en condiciones de captar y ejecutar en el territorio los recursos distribuidos por los diversos programas sociales, en especial los patrocinados por el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas, y, así, prescindir de técnicos foráneos.

En 2012, egresaron los primeros graduados de la Tecnicatura, pero se desconoce en qué medida podrán cumplir con los objetivos pautados. Ciertamente la especificidad étnica del caso analizado, favorece la objetivación por parte de los mediados de las diferencias y contradicciones intervenientes en la mediación protagonizada por técnicos foráneos y, en consecuencia, generan acciones para superarlas. No obstante ello, se observa que la creación de la Tecnicatura lejos de tornar prescindible el papel del mediador cultural, lo (re)produce y legitima, ahora en la figura de agentes nativos, que al profesionalizarse en la tarea de la promoción social, reproducen el distanciamiento y la posición de poder inherente al vínculo ante sus mediados. Así, la figura del “técnico”, que por cierto es una categoría originada en la concepción y necesidades de la institucionalidad de la promoción social, pasa a ser apropiada y reproducida por los miembros de las organizaciones políticas del ámbito rural, instituyendo con ella determinadas lógicas de vinculación, que implican diferenciación, distanciamiento y relaciones de poder, con las instituciones públicas y con las propias bases.

6. A modo de cierre

Conforme se amplía la institucionalidad de la promoción social y las estrategias de reproducción social de los campesinos comienzan a reorientarse hacia la captación de recursos por ella provistos, gana relevancia y difusión la figura del mediador técnico en los espacios rurales.

El papel desempeñado por esos mediadores es ambiguo y contradictorio. Su dimensión ‘positiva’, en cuanto promotores de procesos de empoderamiento de sus mediados, es la que más ha convocado a los científicos sociales. Sin embargo, las relaciones de dependencia que generan con sus mediados han sido menos problematizadas. El caso analizado sugiere que esa dependencia de los mediadores técnicos se origina, en principio, en la capacidad de éstos de canalizar recursos hacia sus mediados y en el encantamiento en torno del cual se instituye la relación, construida sobre la idea de dádiva. Si bien, la forma como los agentes administran la relación de poder creada en el vínculo puede contribuir a reducir la asimetría de recursos existente entre las partes, así como a objetivar los intereses y visiones de mundo en juego tornando el vínculo menos asimétrico, parece ser que la posibilidad de emancipación de los mediados encuentra sus límites en los que impone la propia institucionalidad de la promoción social a los agentes desprovistos de los capitales y del conocimiento de sus lógicas de funcionamiento. De ahí, surge la paradoja del campo de la promoción social, que impone al sujeto que pretende “empoderar” el imperativo de ser interpretado, representado y patrocinado, es decir lo envuelve en una nueva lógica de dominación, para emanciparlo.

El caso analizado, más que a concluir, invita a formular nuevos interrogantes sobre la intervención de los agentes de promoción social en los procesos de transformación que operan en el espacio local. El papel desempeñado por esos agentes, así como su propia existencia, inciden en la configuración de las organizaciones sociales y en las acciones políticas que éstas promueven. Frente a la necesidad de los campesinos de acceder a los recursos de la promoción social, la figura del mediador

parece surgir como un cargo predefinido en las organizaciones sociales a ser ocupado por determinados agentes. Eso no sólo parece intervenir en la producción de una determinada estructura y jerarquía organizacionales, sino también en la definición y selección de un tipo específico de dirigente social, condicionando también la *praxis* política de la organización, en especial su modalidad de vinculación con las bases y con el Estado.

7. Referencias Bibliográficas

ALAVI, Hamza

- 1973 “Peasant Classes and Primordial Studies”. *The Journal of Peasant Studies*, 1 (1): 23-62.

BOURDIEU, Pierre

- 1977 “Une classe objet”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 17-18: 2-5.
 1990 “A delegação e o fetichismo político”, en P. Bourdieu, *Coisas ditas*. São Paulo: Editora Brasiliense.
 1993 “Esprits d’Etat”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 97-97: 49-62.
 1997 *Razões práticas. Sobre a teoria da ação*. Brasil, Campinas: Editora Papirus.

COWAN ROS, Carlos

- 1999 *Organizaciones no gubernamentales de desarrollo rural: dimensión y estrategias en la Argentina de fin de siglo*. Tesina de grado. Buenos Aires: Facultad de Agronomía, Universidad de Buenos Aires.
 2003 *Capital social e luta simbólica. Uma experiência territorial de articulação social na província de Jujuy, Argentina*. Tesis de maestría. Brasil: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
 2008 *A ‘trama’ do social. Família, comunidade e política nas lógicas de relacionamento dos camponeses yaveños*. Tesis de doctorado. Rio de Janeiro: Universidad Federal Rural do Rio de Janeiro.

COWAN ROS, Carlos y SCHNEIDER, Sergio

- 2008 “Estrategias campesinas de reproducción social. El caso de las Tierras Altas Jujeñas”. *Revista Internacional de Sociología*, LXVI (50): 163-185.

GRAMSCI, Antonio

- 1987 *A questão meridional*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

HOBSBAWM, Eric

- 1983 *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Editorial Ariel.

INDEC (INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS)

- 2010 <http://www.indec.mecon.ar> [acceso en diciembre de 2010].

MARX, Karl

- 2000 *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Siglo Veintidós Editora.

MAUSS, Marcel

- 1974 “Ensayo sobre o dom” en Marcel Mauss *Sociologia e Antropologia*. São Paulo: Editora Pedagógica e Universitária Ltda. e Editora da USP.

NEVES, Delma Pessanha

1997 *Assentamento rural: reforma agrária em migalhas.* Brasil: Editora da UFF.

RUTLEDGE, Ian

1987 *Cambio Agrario e Integración. El desarrollo capitalista en Jujuy (1550-1960).* Buenos Aires: ECIRA, FFyL, CICSO, UBA-MLAL.

SCOTT, James

2000 *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos.* México: Ediciones Era.

SHANIN, Theodor

1966 “The peasantry as a political factor”. *Sociological Review*, 14 (1): 5-20.

WOLF, Eric

1956 “Aspects of group relations in a complex society: Mexico”. *American Anthropologist*, 58 (6): 1065-1078.

1999 *Las luchas campesinas del siglo XX.* México: Siglo XXI.